

## LA DECADA DE LA URGENCIA

Apenas estaba de vuelta en Washington el secretario de Estado, Dean Rusk, cuando se le encontró ante las cámaras de la televisión para rendir cuentas o para ofrecer una impresión de lo que había sido la Conferencia de Punta del Este, donde se habían reunido docena y media de presidentes americanos. Las decisiones a que allí se había llegado, dijo, han sido las más importantes que jamás hubiesen sido tomadas por los países latinoamericanos desde la emancipación.

Es probable que tenga razón. Si dentro de un plazo de casi veinte años llegase a ser una realidad completa todo lo que se acordó decir y anunciar en el hermoso centro veraniego del Uruguay—el mismo lugar que unos cuantos años antes, en 1961, había sido escenario de otra importante reunión en la que se tomó en firme el acuerdo de poner en marcha la Alianza para el Progreso, la idea de otro presidente de los Estados Unidos, al igual que había sido idea y propósito de un presidente de los Estados Unidos la celebración de esta conferencia de presidentes, que llegaba a ser realidad con unos seis años de retraso—la historia se encontrará, al fin, enteramente de acuerdo con el señor Rusk.

Tal vez por eso sea mejor no perder de vista lo fundamental de la Declaración de los presidentes americanos. Está de acuerdo, con una sola excepción—la del presidente provisional del Ecuador, Otto Arosemena Gómez, quien no se conformó con hacer una declaración, que fue causa de visible incomodidad para los que le escuchaban, sino que se negó a poner su firma al pie del documento—, en la necesidad y la promesa de llevar a feliz término un programa de seis puntos, resumidos de esta manera:

- Creación de un Mercado Común Hispanoamericano que deje unida e integrada en una vasta zona de libre comercio a todo lo que se extiende al sur del Río Grande, que establece la frontera entre los

Estados Unidos y Méjico, una tarea que no se sabe a ciencia cierta cuando empezará, pero sí cuando habrá de ser concluida, en el año de 1985, y de la cual es promesa admirable el establecimiento de una Bolsa común, en la que se podrán, con sorprendente facilidad, realizar en un país inversiones en las empresas de cualquier otro de los países miembros.

- Construcción de carreteras y otras vías de comunicaciones entre unos y otros países; mejora y ampliación de puertos y construcción de sistemas de telecomunicación por medio de satélites artificiales con miras a evitar, sin duda, situaciones como aquella en que el diplomático, que cuando asistía a una reunión reciente de ministros de Asuntos Exteriores —cancilleres, según la expresión familiar hispanoamericana—, celebrada en Buenos Aires, sintió la necesidad de ponerse en contacto telefónico con el Gobierno de su país. La comunicación tuvo que pasar a través de Nueva York, porque no existe, sencillamente, manera de comunicarse directamente por teléfono entre Buenos Aires y la capital de su país.
- Mediante el recurso, por supuesto, a los buenos oficios de los Estados Unidos, siempre dispuestos a servir de ayuda a Hispanoamérica, se ejercerá presión sobre las potencias industrializadas con miras a la obtención de concesiones comerciales que permitan la salida de los productos básicos de las exportaciones hispanoamericanas—café, azúcar, plátanos, cobre, petróleo, etc.—sin la desventaja de fluctuaciones adversas en los mercados mundiales.
- Modernización de la agricultura con miras a evitar la necesidad de dedicar una parte importante del producto de las exportaciones a la compra de artículos alimenticios en el exterior.
- Una gran mejora de las condiciones sanitarias, educacionales y de formación científica, con especial hincapié en la extirpación de las enfermedades contagiosas y la preparación y capacitación del individuo para el eficaz desempeño de funciones industriales.
- Eliminación de todos los gastos militares innecesarios, como portaaviones y aviones de reacción de velocidades supersónicas, con miras especialmente a centrar la atención en el armamento y equipo más adecuado para la atención de necesidades más realistas y, sin duda, más frecuentes también, como las planteadas por la insurgencia, armas

automáticas y helicópteros, por ejemplo. O como se dice en esta declaración: «Limitar los gastos militares en proporción con las demandas actuales de la seguridad nacional, de acuerdo con las provisiones constitucionales de cada país.»

Se podrá decir, se está diciendo ya, desde antes de terminar la conferencia de Punta del Este, que todo es algo que no compromete gran cosa. En realidad, no compromete en nada ni a nada, pues en el fondo es lo que dice el título: la «Declaración de los presidentes de América», no todos, porque ha habido algunas exclusiones, voluntarias o forzosas. Está excluido, automáticamente, el jefe del Gobierno del Canadá (donde no hay presidente, sólo un gobernador general como jefe del Estado), un país que no es miembro de la Organización de Estados Americanos (O. E. A.), ha sido impuesta la exclusión del presidente (o del jefe del Gobierno) de Cuba, cuyo régimen ha sido expulsado de la O. E. A., y no han estado presentes, por decisión voluntaria, los presidentes de Haití y de Bolivia, uno por temor e encontrarse sin nada que presidir a su regreso, y el otro a causa de la no admisión, para ser incluida en el orden del día, de la cuestión para este país fundamental: la salida al mar.

De momento, sin embargo, frente a las promesas del futuro—ese Mercado Común Hispanoamericano, que se promete tener creado y en marcha para 1985, no cuenta siquiera, a manera de comienzo práctico, con un acuerdo que permita ir construyendo los cimientos sobre los cuales se ha de asentar una edificación de trascendental importancia—están las realidades del presidente. Y frente a la conferencia que el señor Rusk califica como un acontecimiento magno, y que el semanario *Time* considera ante todo como un triunfo personal innegable del presidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, pudiera estar la impresión que ha producido en otros que parecen estar hablando de cosas radicalmente distintas. Para *Newsweek*, también un semanario norteamericano, es posible que «abatimiento sea quizá una palabra demasiado fuerte para describir la atmósfera otoñal que pesaba... sobre Punta del Este en la víspera de la última conferencia de la cumbre del Hemisferio Occidental», pero la situación que existía en el momento en que se escuchaba el «toque de clarín» del presidente de los Estados Unidos, al proclamar con decisión y en forma que nadie podría resistir: «Permítasenos declarar los próximos diez años como la década de la urgencia», nunca se podría decir que había sido particularmente venturosa. No especialmente prometedoras tampoco.

A lo más a que pudo llegar don Mariano Grondona, de quien se ha hecho la presentación como «el más lúcido» de los comentaristas argentinos, un país con intereses que parecen aconsejar el triunfo mucho más que el fracaso de la empresa que se prometió llevar a cabo, fue a decir:

«La declaración (de los presidentes americanos) y su adjunto plan de acción no son documentos de derecho internacional. Los Gobiernos signatarios no están comprometidos a hacer ninguna de las cosas que han prometido. Pero los principios de Punta del Este 1967 es probable que sean invocados en todas las futuras negociaciones bilaterales o multilaterales. Los Gobiernos se encontrarán con que será difícil escaparse a las obligaciones firmadas por sus presidentes.»

\* \* \*

Unos cuantos meses antes, cuando todo el mundo estaba hablando de la necesidad o la conveniencia de hacer algo práctico con la intención puesta en la importancia que tenía la resolución de algunos de los problemas básicos de Hispanoamérica, un corresponsal norteamericano hablaba de la carta que había recibido el presidente de Colombia, doctor Carlos Lleras Restrepo. Un ciudadano de Panamá, el país que había alcanzado la independencia a costa de Colombia precisamente, le proponía la adopción de una sola bandera y una sola moneda para toda la América Hispánica.

No se podría hablar de una idea original. Otros habían hablado de lo mismo o de algo muy parecido, y en algunos casos habían incluso hecho todo lo humanamente posible por conseguirlo. Desde los días en que Bolívar se encontró, como él mismo llegó a decir, arando en el mar, la idea de la unidad y la integración de Hispanoamérica ha tenido nobles y gallardos defensores. Es tan buena que merece, sin duda, ser llevada al terreno de la realidad práctica.

Y quizá se consiga algún día. Después de todo, mucho más tiempo todavía se había invertido en idear, esbozar y propugnar proyectos y hasta intentos de unificación e integración de Europa antes de culminar en lo que ahora está entrando en la fase definitiva y de un profundo sentido realista, como para su propia desventura y frustración están comprobando los propios Estados Unidos, sin cuya decidida intervención menos de una veintena de años atrás acaso nada de lo que por este lado está sucediendo hubiera sido la realidad que ahora es. Y por si con esto no hubiese bastante, ahí tenemos al Mercado

Común Centroamericano en estado de creación desde 1960 y con resultados realmente admirables. Lo que se firmó en 1960 por los representantes de Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Honduras y Costa Rica—con la posible, acaso inevitable incorporación de Panamá, que es algo especial y aparte, por causa de los Estados Unidos, sin duda, que tienen por una buena porción de su territorio unos derechos y unos privilegios que encajan mal en proyectos y programas de esa clase, lo cual pudiera, incidentalmente, tener también algo que ver, al fin, en lo que se quiere o se intenta hacer con mucha mayor, más vasta amplitud en toda la América Hispana—avanza en forma francamente estimulante.

Para empezar, el comercio interregional se ha desarrollado en forma fantástica, hasta triplicarse en tan corto espacio de tiempo, para alcanzar un valor total, que según los últimos datos estaba muy por encima de los 110 millones de dólares, casi ya los 7.000 millones de pesetas, una cifra importante si se tiene en cuenta la extensión y el desarrollo económico de una región con poco más de 13 millones de habitantes, y sobre todo el punto de partida. Y cuando se piensa, además, que ese comercio representa ya el 16 por 100 del intercambio total de las cinco pequeñas repúblicas, con unas relaciones que, ya se trate de los plátanos o del café, estaban orientadas—siguen orientadas en una gran parte—hacia el mercado norteamericano.

Pensando en esto, y pensando en lo que se suele decir por los Estados Unidos, donde el lenguaje empleado sobre estas cosas apenas tiene otro sentido que el del reproche, sobre «el sentimiento casi instintivo entre los latinoamericanos de hoy, que sin *unidad*, divididos en veinte compartimentos aislados, sus naciones continuarán *débiles* en su desarrollo y en sus relaciones internacionales», es pensar también en las grandes, tremendas dificultades de la empresa que dice ha sido iniciada en Punta del Este. Tanto que parece difícil—imposible en realidad—que los presidentes americanos allí reunidos se hubiesen encarado con el propósito de hacer una declaración como esa, en la que los Estados Unidos empiezan por parecer que introducen una condición fundamental sin haberse comprometido a nada. Sin una ayuda norteamericana de verdadera importancia apenas tendría todo esto, en la forma esbozada, la menor posibilidad de éxito. Por grande que sea el propósito de los países llamados a formar ese Mercado Común Hispanoamericano.

Aun cuando la actitud del presidente del Ecuador pareciese excesivamente cruda al anunciar públicamente que aquella afirmación que estaba, de hecho, preparada y casi totalmente ultimada desde hacía semanas, era «justamente

otra declaración teórica» más, siempre se podría meditar sobre lo que dijo el presidente de Chile, Eduardo Frei Montalva: «Nuestro pueblo sabe que es pobre en un continente rico.»

Lo que hay detrás de una declaración así es cosa, en gran parte, de interpretación, sin duda, de lo que, bien se advierte, es una gran verdad objetiva. Mucho puede depender de la forma o de las posibilidades de explotación y aprovechamiento de las cosas que hacen que sea tan rico ese continente y que en un sentido práctico pudieran empezar a comprenderse cuando se piensa que resulta mucho más económico para Chile importar automóviles «Volkswagen» directamente de la Alemania occidental que de los grandes centros de producción que esa fábrica ha establecido en el Brasil.

Uno de los presidentes que de manera más realista, a la vez que ilusionada, aludieron a los problemas de Hispanoamérica fue el mejicano Gustavo Díaz Ordaz, quien habló de la tarea que se tiene por delante, para advertir: «Es nuestro esfuerzo, nuestra imaginación y nuestros recursos lo que ha de llevar adelante la tarea de la integración económica.» En ese caso tal vez no habría necesidad de pensar siquiera en algo a lo que también aludió él, en el curso de esa Conferencia de Punta del Este, y con mayor claridad todavía a su regreso a Méjico, al encontrarse ante las pantallas de la televisión para hablar a los mejicanos y advertirles que la integración de Hispanoamérica ha de ser beneficiosa esencialmente para las compañías latinoamericanas, no para las compañías norteamericanas que se establezcan al sur de Río Grande.

\* \* \*

Al hablar de lo que era el ambiente de Punta del Este inmediatamente antes de la celebración de esa conferencia de presidentes americanos—sólo cuando está presente el presidente de los Estados Unidos es posible hablar de esta manera, en cualquier caso por los Estados Unidos, como bien se ha visto a lo largo de todos esos días de la conferencia, tres nada más, pero que con los preparativos, y lo que bien podría considerarse el desenlace, dio lugar a que por toda esa potencia, inmensa en extensión y poder, apareciesen grandes y reiteradas referencias en la Prensa, la radio y la televisión, para poner ostentosamente de relieve la expresión *latins* siempre que se hablaba de algo que no hacía referencia directa y exclusiva a los Estados Unidos—decía un cono-cido comentarista norteamericano, en tono un poco humorístico: «No son los *Latin Americans* aquí (en Punta del Este)—por lo menos no muchos de ellos—

los que sueñan con una *Latin America* unida e independiente, sino los gringos del norte de Río Grande. Es el presidente Johnson el que habla de una *Latin America* interdependiente...» Para añadir:

«Curiosa gente, estos gringos. Gozan por aquí abajo de la reputación de dominar la política internacional y la economía de la América Latina, y, por supuesto, así lo hacen. Pero de una manera extraña están en actitud embarazosa y turbada por el papel que juegan y hablan con mayor avidez que nadie más de las ventajas para la América Latina del cambio a través de la unidad y la integridad económica.»

Que haya quien asegura que con sus abrazos y sus conversaciones—o con su insistencia en que quería escuchar, no hablar—el presidente Johnson se «ha hecho mucho más simpático de lo que la mayoría de ellos esperaban», y quien esté completamente convencido también de que una de las cosas que parecen más ciertas en cuanto a esta conferencia es que «los latinoamericanos no han aprendido a amar al presidente Johnson», es algo que pudiera carecer, en realidad, de una auténtica significación.

Lo fundamental en este caso es que desde ninguno de los puntos de vista que pudieran parecer decisivos en estos momentos, las perspectivas de realización—de iniciación quizá—de la tarea, que pudiera hacer que esta conferencia tuviese la importancia que Mr. Dean Rusk le ha dado, son prometedoras o estimulantes. Para acometer una tarea de desarrollo que hiciese posible contar con medios y condiciones materiales capaces de ir a la creación de ese Mercado Común Hispanoamericano, para dejarlo terminado en 1985 harían falta recursos materiales realmente fabulosos, cantidades de dinero de tales dimensiones que dejarían convertido en algo grotesco no ya la realidad, sino la promesa inicial y un poco fantástica del programa de la Alianza para el Progreso.

No sólo se trata de un mundo geográficamente disperso, sino de un mundo de dimensiones fabulosamente grandes, y en el cual, si en una gran parte se podría encontrar en el mar un medio de comunicaciones capaz de explotación en gran escala y con promesas excelentes—después de todo más largas son, en la mayoría de los casos, las líneas de comunicaciones, establecidas primero con Europa y después, y en mucha mayor escala, con los Estados Unidos—, hay otros aspectos de momento francamente desalentadores. Mucho se podría ganar, sin duda, si para empezar se acometiese con impaciencia y sin reparar en gastos la tarea de atravesar y cruzar el continente sudamericano con líneas de ferrocarril, como las que se construyeron en los Estados Unidos cuando apenas en grandes porciones del país había todavía más que indios que iban

de un sitio para otro a caballo y cuyo lugar tradicional de vivienda era la tienda de pieles. Y con grandes carreteras también, porque hoy el automóvil y el camión son complementos admirables cuando no sustitutos del tren.

Mucho se podría hacer también—como se hizo en otros tiempos por los Estados Unidos—por el lado de las comunicaciones fluviales. Pero para esto y para otras cosas esenciales, y que no se podría esperar que empezasen a producir dividendos al día siguiente de haberse terminado, hacen falta cosas con las que no se cuenta, sencillamente. Y con las que no es posible contar por el lado que ha permitido, en tiempos relativamente recientes por lo menos, acometer grandes tareas de desarrollo económico por Hispanoamérica.

Y, situación realmente dramática, con las que tampoco existe la posibilidad de que se llegue a disponer en mucho tiempo. Por algo tan sencillo como un poco escalofriante también: el hecho de que los grandes recursos económicos de Hispanoamérica en vías—o en perspectivas—de explotación no miran esencialmente al fomento de la riqueza y bienestar locales, regionales o nacionales, pues han de atender a la satisfacción de necesidades extrañas, para empezar, y a la producción de rendimientos en beneficio preferente y anticipado del inversionista extranjero. Que no siempre tiene, aunque otra cosa se diga, el interés del lugar donde se hace una explotación a la vista como el motivo de sus atenciones y preocupaciones preferentes.

La realidad de la situación es poco estimulante, por desgracia. Cuando uno se encuentra ante situaciones como las que reflejan con dura y cruel frialdad los cuadros estadísticos, se comprende que el progreso sea tan pequeño que, en lo esencial, parece no ser nada, o ser, en algunos casos, negativo. Negativa, en forma alarmante, es la situación que refleja el crecimiento fabuloso de la deuda exterior de Hispanoamérica, que pasó en los cortos diez años que separan a 1956 de 1966 de casi 4.000 millones de dólares a cerca de 12.000 millones.

Ha subido mucho también el déficit en la balanza de pagos, con lo que una buena parte de la ayuda que llega del exterior siente la necesidad poco menos que irresistible de ir destinada directamente a la atención de obligaciones perentorias y, por supuesto, totalmente improductivas desde el punto de vista económico. Con lo cual si bien se facilita un posible—teórico—proceso de estabilidad sin el cual la ayuda exterior con fines de desarrollo económico no encuentra alicientes adecuados, la realidad es que se acentúa un estado de desnivel financiero que acusa una sensación de inestabilidad económica y, al



fin, política también que se traduce en una mayor y creciente sensación de inseguridad.

Una de las promesas fundamentales de la Alianza para el Progreso era precisamente la creación de condiciones favorables a la estabilidad y el desarrollo. Ya se dijo—lo dijo el posteriormente asesinado presidente Kennedy— en aquel discurso, que se calificó de memorable, el 13 de marzo de 1961: «Nuestra incumplida tarea es demostrar al mundo entero que las aspiraciones insatisfechas del hombre por el progreso económico y la justicia social pueden ser alcanzadas por los hombres libres trabajando dentro del marco de las instituciones democráticas.»

Pero ¿a qué clase de hombres libres podría aludir mister Kennedy? Porque ¿a dónde va a parar, en definitiva, el esfuerzo del indio que corta racimos de plátanos en Guatemala, o del campesino que recoge la cosecha de los cafetales de Colombia, o del guajiro que tumba caña en la isla de Cuba, o del cholo que baja en Chile a la mina? Mientras en estos últimos años el ingreso individual en las naciones industrializadas ha subido a razón de un 4 por 100 anual, en Hispanoamérica apenas se ha llegado al 2 por 100, lo cual quiere decir que no se llega ni siquiera a mantener una situación de equilibrio entre el incremento de la renta nacional *per capita* y el ritmo de crecimiento demográfico, que casi llega en Hispanoamérica al 3 por 100 anual, en estos momentos el más alto del mundo.

Por aquellos mismos días en que se celebraba la Conferencia de Presidentes en Punta del Este, en un ambiente cuya nota dominante, por encima de todo lo demás, eran los grandes, ostentosos preparativos encaminados a garantizar la conservación del orden público, por temor, ante todo, a que la presencia del presidente de los Estados Unidos se tradujese en hecho desagradable, estaba reunida en Santiago de Chile otra conferencia, ésta sobre el crecimiento demográfico. Ante ella habló el presidente, doctor Frei, para advertir:

«El problema de la explosión de la población del mundo no se puede evitar. Es un problema para toda la humanidad que no sólo ha de ser estudiado, sino resuelto y al que se ha de hacer frente con valor.»

Es un problema tremendo para Hispanoamérica, la región o el continente que a lo largo de este mismo período de tiempo en que ha estado vigente el programa para la Alianza para el Progreso ha visto caer una decena de Gobiernos, con los consiguientes cambios de régimen, aunque no, en muchos casos, de rumbo también, porque los problemas a que se ha de hacer frente son de tal

naturaleza desalentadores que no es mucho lo que se puede hacer con buena voluntad y una gran honradez de propósitos.

Alguien ha dicho, en la propia capital de los Estados Unidos, que en la lucha contra la subversión, esto que está ahora tan de actualidad como ha podido estarlo en cualquier otro momento de la vida hispanoamericana, el maíz y los frijoles son armas de una eficacia superior al obús. Y seguramente tienen razón, porque a pesar de lo mucho que se ha venido haciendo, la tendencia a la subversión está ahí, en plena actividad en mayor número de países que en cualquier otro tiempo. Por lo menos en lo que concierne a la distribución geográfica y al carácter de la lucha o de la actividad de eso que en momentos de mayor optimismo que los de ahora se creyó que podría ser resuelto únicamente con la preparación de unas fuerzas especialmente formadas y capacitadas y para lo cual establecieron las autoridades militares norteamericanas una escuela en la zona del canal de Panamá.

\* \* \*

Cuando el presidente Johnson se asomó a Punta del Este, la situación era tan extraordinaria que el hombre simpático que llegó a producir la impresión que para él nada tenía el interés o la importancia que el pasar por la vida estrechando la mano de la gente y cambiando con ella frases de saludo y cordial amistad, se encontró en un estado de total aislamiento. Sólo el que tenía alguna relación directa con la conferencia podía moverse con alguna libertad en aquel ambiente dominado por la tensión y las medidas extraordinarias de seguridad. Algunas de ellas—de la mayor y preferente importancia—fueron debidas a la propia iniciativa de las docenas de agentes que tenían a su cargo y bajo su responsabilidad directa y absoluta el asegurarse de que al presidente de hoy de los Estados Unidos no le podría ocurrir lo que había sucedido en una calle de Dallas el día que por ella intentó pasar, sin darse cuenta de que era el camino del cementerio, John F. Kennedy, el anterior ocupante de la Casa Blanca.

Por si las medidas tomadas localmente no era suficientes—unos 2.000 guardias y agentes habían sellado, de hecho, el acceso a Punta del Este, por no decir nada de los miles que se encontraban prestando servicios especiales y extraordinarios por otras partes ni los fantásticos preparativos navales y aéreos

que habían sido adoptados, justificado quizá por cosas como los tres días, los mismos que duró la conferencia, que se estuvieron celebrando manifestaciones antinorteamericanas en Montevideo—, los servicios especiales para la protección del presidente Johnson tomaron decisiones como el desmontar la gran lámpara que adornaba el salón en que se había de celebrar la conferencia, colocada con sus 650 kilogramos de peso encima de la gran mesa de juego que, convenientemente acondicionada, quedó convertida en la mesa en cuyo derredor se reunieron 19 presidentes americanos.

Más que de esperanzas para el futuro, de propósitos para llegar, al fin, a la solución de los grandes problemas de Hispanoamérica, en todo aquel ambiente parecía dominar el temor o el miedo a una explosión, debida al estado de tensión de un sistema nervioso agriado por unas circunstancias adversas, tan adversas como el temor de Venezuela a que los proyectos de lucha en los Estados Unidos contra la contaminación del aire se tradujesen en nuevas y severas medidas contra la importación de petróleo venezolano, especialmente cargado de componentes que, con una combustión imperfecta, descargan en el aire una desmesurada porción de elementos nocivos.

Muchos de los problemas de Hispanoamérica surgen de manera directa de condiciones comerciales desventajas para las exportaciones de las partidas fundamentales de su producción. Y sobre eso, una autoridad norteamericana, el actual director general del Departamento de Estado para Asuntos Interamericanos, Lincoln Gordon, no se mostró singularmente optimista. Porque, observó, «los problemas del comercio mundial son más vastos y complejos de lo que se imaginan» los que se mostraban demasiado inclinados a ser unos interlocutores de actitud más bien inamistosa.

Un poco antes de celebrarse esa conferencia sobre la cual se prodigaron juicios que, por lo exagerado, parecían tener únicamente el propósito de evitar que nadie se diese cuenta de su tremenda, desalentadora esterilidad, el embajador y representante de los Estados Unidos en la O. E. A., Sol M. Linowitz, más hombre de negocios de brillante carrera que diplomático, había advertido:

«No deberíamos esperar que una reunión de la cumbre en la América Latina vaya a hacer, en sí y de por sí, que los problemas sean más fáciles o que no han de producirse desilusiones... Ciertamente, habrá muchos trastornos y dislocaciones. No nos gustará lo que algunas veces hemos de ver. Pero no tenemos libertad de elección. Si diésemos la vuelta hacia atrás ahora, eso sería la invitación a la catástrofe en el hemisferio. [Pero si nosotros] nos inmiscui-

JACINTO MERCADAL

mos donde no se nos quiere, corremos el riesgo de las graves consecuencias... Tenemos que darnos cuenta siempre que la tarea de llenar la visión en la América Latina ha de ser hecha esencialmente por los propios latinoamericanos en bien de los latinoamericanos y de una manera latinoamericana.»

JACINTO MERCADAL.